

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

LA HISTORIA DE CHURCHILL Y SU ENTORNO FAMILIAR
DURANTE EL PERIODO MÁS CRÍTICO DE LA GUERRA

ESPLENDOR Y VILEZA



ERIK LARSON

AUTOR DE EL DIABLO EN LA CIUDAD BLANCA Y LUSITANIA

Ariel

Erik Larson

Esplendor y vileza

La historia de Churchill y su entorno familiar
durante el periodo más crítico de la guerra

Traducción de Vicente Campos

Ariel

Título original: *The Splendid and the Vile*

Primera edición: febrero de 2021

© 2020, Erik Larson

© 2020, Vicente Campos González, por la traducción

Las citas de los discursos, las obras y los escritos de Winston S. Churchill han sido reproducidas con el permiso de Curtis Brown, Londres, en nombre de © Herederos de Winston S. Churchill y Curtis Brown Group, Londres, en nombre de © The Trustees of the Mass Observation Archive.

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3321-2

Depósito legal: B. 1.436-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

<i>Nota para los lectores</i>	13
<i>Expectativas desalentadoras</i>	15
PRIMERA PARTE. La amenaza creciente	21
SEGUNDA PARTE. Cierta contingencia	85
TERCERA PARTE. PAVOR	195
CUARTA PARTE. Sangre y polvo	253
QUINTA PARTE. Los americanos	407
SEXTA PARTE. Amor entre llamas	495
SÉPTIMA PARTE. Un año exacto	549
<i>Epílogo: Con el paso del tiempo</i>	589
<i>Fuentes y agradecimientos</i>	605
<i>Notas</i>	611
<i>Bibliografía</i>	659
<i>Índice alfabético</i>	671

El coronel parte

Los coches aceleraban por el Mall, el amplio bulevar que va de Whitehall, sede de los ministerios del gobierno británico, a Buckingham Palace, el hogar de 775 habitaciones del rey Jorge VI y la reina Isabel, cuya fachada de piedra es visible hoy en día en el extremo de la amplia calle, oscurecida por las sombras. Era una hora avanzada de la tarde del viernes 10 de mayo. Por todas partes florecían jacintos y primaveras. Delicadas hojas primaverales salpicaban las copas de los árboles. Los pelícanos del St. James's Park disfrutaban en el calor y la adoración de los visitantes, mientras sus primos menos exóticos, los cisnes, vagaban con su habitual y taciturna falta de interés. La belleza del día contrastaba vivamente con todo lo que había sucedido desde el alba, cuando fuerzas alemanas irrumpieron en Holanda, Bélgica y Luxemburgo utilizando vehículos blindados, bombarderos en picado y paracaidistas con un efecto abrumador.

En la parte de atrás del primer coche iba el más alto oficial naval británico, el primer lord del Almirantazgo, Winston S. Churchill, de sesenta y cinco años. Él había ocupado ya ese cargo, durante la guerra anterior, y había sido nombrado de nuevo por el primer ministro Neville Chamberlain, cuando se declaró la guerra actual. En el segundo coche iba el policía que protegía a Churchill, el inspector Walter Henry Thompson, de la Sección Especial de Scotland Yard, responsable de mantener a Churchill con vida. Alto y delgado, con nariz angulosa, Thompson era omnipresente, a menudo visible en las fotografías de prensa, aunque raramente se le mencionaba, un «machaca», en el habla de la época, como tantos otros de los que hacían el trabajo del gobierno: la miriada

de secretarías, asistentes y mecanógrafos privados que conformaban la infantería de Whitehall. Sin embargo, a diferencia de la mayoría, Thompson llevaba una pistola en el bolsillo de su abrigo en todo momento.

Churchill había sido convocado por el rey. Al menos, a Thompson la razón le parecía obvia. «Conduje detrás de El Viejo con orgullo indescriptible», escribió.¹

Churchill entró en el palacio, el rey Jorge tenía en ese momento cuarenta y cuatro años y había entrado en su cuarto año de reinado. Patizambo, de labios largos, orejas muy grandes y afectado por un fuerte tartamudeo, parecía un hombre frágil, sobre todo en comparación con su visitante, que, aunque, casi ocho centímetros más bajo, era mucho más ancho. El rey desconfiaba de Churchill. Las simpatías de Churchill por Eduardo VIII, el hermano mayor del rey, cuyo romance con la divorciada norteamericana Wallis Simpson causó la crisis de la abdicación de 1936, seguía agriando las relaciones entre Churchill y la familia real británica. El rey también se había tomado a mal las previas críticas de Churchill al primer ministro Chamberlain por el Pacto de Múnich de 1938, que permitió a Hitler la anexión de una parte de Checoslovaquia. El rey albergaba una suspicacia general con respecto a la independencia y las variables lealtades de Churchill.

Le pidió a Churchill que se sentara y lo estuvo observando fijamente un buen rato, de un modo que Churchill describiría más adelante como escrutador e inquisitivo.

El rey dijo: «Supongo que no sabe por qué lo he convocado».²
«Señor, no podría imaginarlo.»

Había habido una rebelión en la Cámara de los Comunes que había hecho tambalearse al gobierno de Chamberlain. Surgió en el contexto de un debate sobre el fracaso de una tentativa británica de expulsar a las fuerzas alemanas de Noruega, que Alemania había invadido el mes anterior. Churchill, en tanto primer lord del Almirantazgo, había sido el responsable del componente naval del intento. Ahora eran los británicos quienes se veían expulsados ante una inesperadamente feroz arremetida alemana. En opinión de los rebeldes, Chamberlain, de setenta y un años, apodado por

algunos «el Forense» y «el Paraguas Viejo», no daba la talla para dirigir una guerra que se extendía rápidamente. En un discurso del 7 de mayo, un miembro del Parlamento, Leopold Amery, lanzó una despiadada acusación contra Chamberlain tomando palabras prestadas de Oliver Cromwell en 1653: «¡Lleva demasiado tiempo sentado aquí para lo que ha estado haciendo! ¡Váyase, le digo, y líbrenos de su presencia! ¡En el nombre de Dios, váyase!».³

La Cámara realizó un voto de confianza, en un formato llamado de «división», en el que los miembros se alinean en el vestíbulo en dos hileras, para dar sus síes o noes, y pasan por delante de los que hacen el recuento para registrar sus votos. A primera vista, el recuento pareció una victoria de Chamberlain —281 síes y 200 noes—, pero, en comparación con votaciones anteriores, subrayaba el mucho apoyo político que había perdido.

Más tarde, Chamberlain se había reunido con Churchill y le había dicho que tenía pensado dimitir. Churchill, que deseaba parecer leal, le convenció de que no. Eso animó al rey, pero impulsó a un rebelde, horrorizado ante el hecho de que Chamberlain pretendiese quedarse, a compararlo con «un viejo trozo de chicle pegado en la pata de una silla».⁴

El jueves 9 de mayo, las fuerzas que se oponían a Chamberlain habían confirmado su resolución. A medida que avanzaba la jornada, su salida parecía cada vez más segura, y dos hombres emergieron rápidamente como los candidatos más probables a sustituirlo: su ministro de Exteriores, lord Halifax, y el primer lord del Almirantazgo, Churchill, al que gran parte de la gente adoraba.

Pero entonces llegó el viernes 10 de mayo y los ataques relámpago de Hitler contra los Países Bajos. Las noticias ensombrecieron todo Whitehall, aunque para Chamberlain también supuso una chispa de renovadas esperanzas de retener su cargo. Sin duda, la Cámara convendría en que, mientras se desarrollaban acontecimientos tan trascendentales, era insensato cambiar de gobierno. Sin embargo, los rebeldes dejaron claro que no servirían bajo Chamberlain, y presionaron para el nombramiento de Churchill.

Chamberlain entendió que no tenía más opción que dimitir. Instó a lord Halifax a aceptar el cargo. Halifax parecía más estable que Churchill, menos propenso a conducir a Gran Bretaña a una

nueva catástrofe. En Whitehall, a Churchill se le reconocía como brillante orador, aunque muchos consideraban que carecía de buen juicio. El propio Halifax se refería a él como un «elefante travieso». ⁵ Pero Halifax, que dudaba de su propia capacidad como líder en tiempos de guerra, no quería el cargo. Lo dejó bien claro cuando un emisario enviado para intentar que cambiara de opinión descubrió que se había ido al dentista. ⁶

Era el rey quien tenía que tomar la decisión. Primero convocó a Chamberlain. «Acepté su dimisión», escribió el rey en su diario, «y le dije cuán injusta y torpemente lo habían tratado, y que sentía mucho que se hubiera producido toda esta controversia.» ⁷

Los dos hombres hablaron sobre sucesores. «Yo, por descontento, sugerí a Halifax», escribió el rey. Él lo consideraba «el hombre obvio».

Pero entonces Chamberlain le sorprendió: recomendó a Churchill.

El rey escribió: «Convoqué a Winston y le pedí que formara gobierno. Él aceptó y me dijo que no había pensado que fuera la razón por la que lo había convocado»; ⁸ aunque Churchill, según la versión del rey, resultó tener preparados los nombres de unos cuantos hombres que tenía pensados para su propio gabinete.

Los coches que llevaban a Churchill y al inspector Thompson regresaron a la Admiralty House, la sede del mando naval en Londres y, por el momento, hogar de Churchill. Los dos hombres se apearon de sus vehículos. Como siempre, Thompson mantenía una mano en el bolsillo de su abrigo para tener un acceso rápido a su pistola. Los centinelas con sus rifles con las bayonetas caladas hacían guardia, como otros soldados armados con metralletas ligeras Lewis, resguardados tras sacos terreros. En el jardín contiguo de St. James's Park, los largos cañones de la artillería antiaérea se alzaban en ángulos propios de estalagmitas.

Churchill se volvió hacia Thompson.

«¿Sabe por qué he ido a Buckingham Palace?», preguntó. ⁹

Thompson lo sabía, y lo felicitó, pero añadió que le hubiera gustado que la cita se hubiera producido antes, y en mejores tiempos, dada la enormidad de la tarea que se avecinaba.

«Sólo Dios sabe lo enorme que es», dijo Churchill.

Los dos hombres se estrecharon las manos con la solemnidad de los asistentes a un funeral.

«Lo único que espero es que no sea demasiado tarde», dijo Churchill. «Pero mucho me temo que ya lo sea. No nos queda otra que hacer cuanto podamos, y dar el resto de lo que nos quede, sea lo que sea.»

Eran palabras sobrias, pero, para sus adentros, Churchill estaba encantado. Había vivido su vida entera para este momento. El que hubiera llegado en unas circunstancias tan pésimas no importaba. Ya puestos, convertía el encargo en algo más exquisito si cabe.

A la luz que se desvanecía, el inspector Thompson vio que unas lágrimas empezaban a caer por las mejillas de Churchill. También el propio Thompson notó que estaba al borde de las lágrimas.

Avanzada esa noche, Churchill se había acostado y permanecía despierto, excitado por del desafío y la oportunidad que se le ofrecía. «En mi larga experiencia política», escribió, «he ocupado la mayoría de los cargos más importantes del Estado, pero reconozco de buena gana que el puesto que ahora me han dado es el que más me gusta.»¹⁰ Codiciar el poder por el poder era un deseo «vil», escribió, añadiendo seguidamente, «pero el poder en una crisis nacional, cuando un hombre cree saber qué órdenes deben darse, es una bendición».

Sentía un gran alivio. «Por fin tenía la autoridad para dar instrucciones sobre el escenario entero. Me sentía como si caminara a la par que el destino, y que toda mi vida pasada no había sido más que una preparación para esta hora y para esta prueba... Aunque estaba impaciente porque llegara la mañana, dormí profundamente y no necesité sueños que me animaran. Los hechos son mejores que los sueños.»¹¹

Pese a las dudas que le había manifestado al inspector Thompson, Churchill llegó al número 10 de Downing Street con una confianza absoluta en que, con su liderazgo, Gran Bretaña ganaría la guerra, por más que cualquier valoración objetiva habría dicho que no tenía la menor oportunidad de conseguirlo. Churchill sabía que su reto consistía en ese momento en lograr que todos los

demás lo creyeran también: sus compatriotas, sus comandantes, los ministros de su gabinete y, más aún, el presidente estadounidense, Franklin D. Roosevelt. Desde el principio, Churchill comprendió una verdad fundamental sobre la guerra: que no podía ganarla sin la participación, tarde o temprano, de Estados Unidos. Por sí sola, creía, Gran Bretaña podía resistir y mantener a raya a Alemania, pero sólo la potencia industrial y la fuerza laboral de América garantizarían la erradicación de Hitler y el nacionalsocialismo.

Lo que hacía esa tarea más formidable era que Churchill tenía que conseguir esas metas rápidamente, antes de que Hitler concentrase toda su atención en Inglaterra y desplegara sus fuerzas aéreas, la Luftwaffe, que la inteligencia británica creía muy superior a la Royal Air Force.

En medio de todo eso, Churchill tenía que hacer frente a una larga lista de variados problemas. A finales de mes se cumplía el plazo de pago de una inmensa deuda personal, y no tenía el dinero para satisfacerlo. Del mismo modo, su hijo, Randolph, también estaba agobiado por las deudas, con lo que demostraba de manera persistente que tenía talento no sólo para gastar dinero sino también para perderlo jugando, en lo que su ineptitud era legendaria; también bebía demasiado y tenía tendencia, una vez ebrio, a montar escenitas y por tanto a dar lugar a lo que su madre, Clementine (pronunciado *Clementiin*), consideraba un riesgo inevitable de que un día haría algo que causaría a la familia una vergüenza irrevocable. Churchill también tenía que lidiar con las normas del apogón general, el estricto racionamiento y el creciente número de funcionarios que procuraban evitar que lo asesinaran, así como, y no menos importante, la perpetua indignación que le causaba el ejército de trabajadores enviados a apuntalar el número 10 de Downing Street y el resto de Whitehall contra los ataques aéreos, con su interminable martilleo, algo que le irritaba más que todo lo demás, hasta el punto de enfurecerlo.

Salvo, tal vez, los silbidos.

Su odio a los silbidos, dijo en una ocasión, era lo único que compartía con Hitler. Era algo más que una simple manía. «Le

provoca un trastorno casi psiquiátrico, incontrolable, inmediato e irracional», escribió el inspector Thompson.¹² Mientras iban caminando juntos al 10 de Downing Street, Thompson y el primer ministro vieron a lo lejos a un chaval de unos trece años que repartía periódicos dirigiéndose hacia ellos, «con las manos en los bolsillos, los periódicos bajo los brazos, silbando alto y alegremente», recordaba Thompson.¹³

A medida que se acercaba el chico, la irritación de Churchill se disparó. Abordó al chaval:

«Deja de silbar», le gruñó.

El chico, con toda la calma, respondió:

«¿Y por qué iba hacerlo?»

«Porque no me gusta, es un ruido espantoso.»

El chico siguió su camino, pero al poco se dio la vuelta y gritó:

«Bueno, pues también podría taparse los oídos, ¿no?»

El chaval siguió andando.

Churchill se quedó pasmado. La rabia le enrojecía la cara.

Pero una de las mayores cualidades de Churchill era la perspectiva, que le daba la capacidad de guardar pequeños acontecimientos en cajas, de manera que el mal humor podía transformarse en un abrir y cerrar de ojos en alegría. Cuando Churchill y Thompson reemprendieron la marcha, éste vio que el primero empezaba a sonreír. En voz baja, Churchill repitió la réplica del chico: «Pues también podría taparse los oídos, ¿no?».

Y entonces se rió con ganas.

Churchill convocó rápidamente a sus nuevos hombres, alentando a muchos, pero confirmando a otros sus peores preocupaciones.